

# Expedición Franco-Española a la Sima de San Martín

## Ultimo asalto a las galerías altas del Territorio Español

POR JUAN MARIA FELIU

*Si la juventud es prudente, ¿quién será audaz?*

J. BADELLE

Cuando desperté en aquella mañana del día 6 de agosto, creí que seguía soñando. Recordaba cómo el día anterior entraba una vez más al gigantesco interior de San Martín en compañía de rostros amigos. Allí estaban Isaac Santesteban, Luis M.<sup>a</sup> Amézqueta, Fito Eraso, Alberto Echevez y Miguel Mz. de Goñi.

Este último y yo, nos quedamos una vez llegados al campamento de la «Playa de Araás», al otro lado del Túnel del Viento. Ellos volvieron tras efectuar junto con Fito un estudio de climática y comprobación hidrológica del río hacia el resplandeciente y vivo exterior de la montaña.

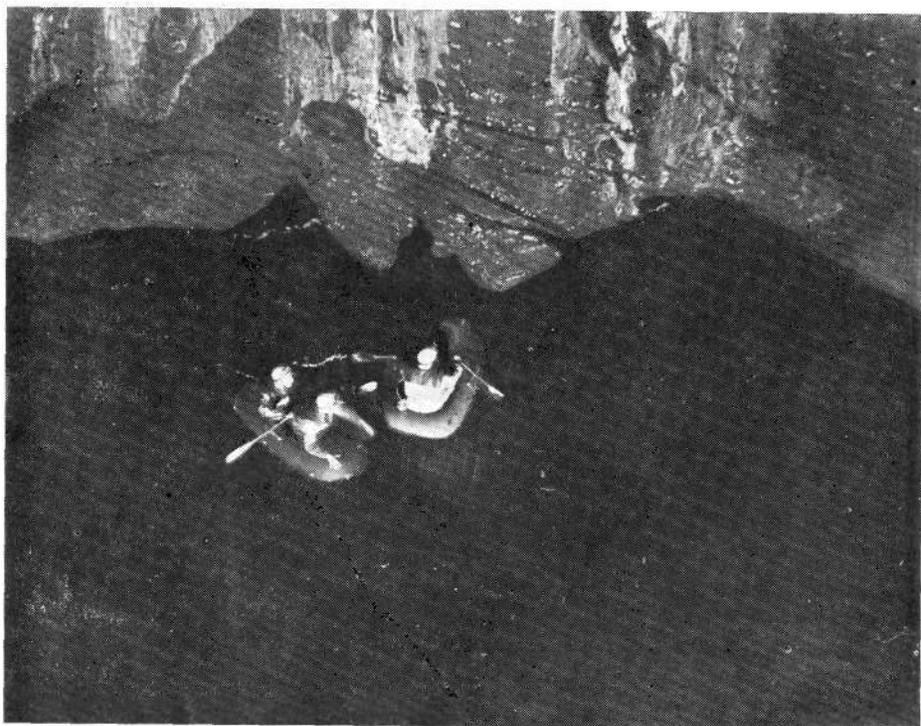
Hoy más que nunca me encuentro en mis plenas facultades. Salgo del húmedo saco de dormir y despierto a mis compañeros que se están reponiendo de la paliza del día anterior, en la exploración del primer ataque en la Galería de la H, después de 20 horas de agotadora marcha hacia río arriba.

Jesús López y Paco Lisarri, ambos de Estella, están ya en movimiento en su tienda. Con ellos Miguel y yo vamos a intentar llegar a la máxima cota alcanzada durante el primer ataque, y seguir por lo desconocido, hacia las fuentes del caudaloso río de San Martín. Los franceses que duermen plácidamente, descansando también de la pasada paliza conjunta, van a acompañarnos en la exploración, saliendo tras nuestra.

¿Comemos, almorzamos? Ya uno no sabe de horas, ni de días. Comes cuando te apetece, duermes cuando hay sueño, en fin una vida fantástica.

Jesús se dedica a preparar una sopa. Es cerca de medio día. Arcaute, acompañado de De Diego y el francés Jean Claude, de Montpellier, parten hacia el exterior para reintegrarse el primero y el último al equipo del récord del mundo.

Cuando varios compañeros aún duermen, me pongo mi mono especial y otros aperos de la espeleología. Silenciosos y cada uno por su lado, Paco, Miguel y Jesús, se visten con gestos parecidos. Es el momento en que, como el torero que se prepara a entrar en la plaza, uno se siente solo, a pesar del equipo, aislado en su mundo, a pesar de la amistad, de la solidaridad y de la unidad, ante lo que va a ver, una vez traspasada la entrada de la aventura.



*Navegando hacia lo desconocido.*

*(Foto José Azcona)*

José Azcona y Lucio Zorrilla nos van a acompañar. Conocedores del camino efectuado en el primer ataque de ayer, nos guiarán hasta la entrada del río de San Martín, después del recorrido de la galería fósil explorada en la expedición del pasado año, la cual topografiarán más tarde.

Cuatro solamente, son verdaderamente pocos para afrontar todas las dificultades que sabemos que tenemos que superar a lo largo de nuestra progresión, pero es un buen número para trabajar rápido.

Son las 12,30 del mediodía. Cada uno se coloca bien su casco, llena su lámpara de carburo. Últimas recomendaciones y últimos apretones de manos. «A tout à l'heure» contestan los franceses que comienzan a despertar.

Un pequeño resalte en el embarcadero del Túnel del viento, nos hace realizar la primera acrobacia de la jornada, para poder entrar en una galería fósil a dos metros sobre el nivel del agua. Con sus paisajes morbosos, sus paredes movedizas tan caóticas como inestables, la galería aterriza sobre un amplio lago, donde entra en función el bote especial para navegaciones estrechas del equipo francés.

Tres veces va y viene el bote con una cuerda de ida y vuelta, de extremo a extremo del lago. Luego otro y el río. Por una rampa de fuerte pendiente de bloques inestables entramos a la Sala Príncipe de Viana, después de pasar un lago de aguas profundas y heladas. Más tarde ascendemos al caótico derrubio de Las Arenas, a la derecha del impresionante derrubio del Terror.

De pronto un gigantesco cañón se abre ante nuestros pies. La Diacasa Hidalgo, de 28 metros de profundidad, abierto por el río de San Martín parece un obstáculo infranqueable.

El pozo me parece a primera vista impresionante y feo. En efecto cada estrato calizo adaptado en sentido inverso, es decir hacia abajo, con finas aristas como cuchillas de afeitar, me dan la impresión de aguardarme de ellas.

José dispone la maniobra mientras Miguel prepara las cuerdas y escalas.

Primeramente desciende José, conecedor del descenso, para realizar en la parte inferior un péndulo a la pared, evitando un baño en las heladas aguas del río de San Martín, que pasa rugiente en el fondo de la Diaclasa.

...Cuatro silbidos. José ha llegado al fondo. Un poco más y me tocará a mí, comienzo a prepararme.

Enciendo mi lámpara eléctrica, y me dejo resbalar entre los inestables bloques que se asoman sobre la vertical. Algunos barrotes de escala y bajo mis pies, muy lejos, me parece ver una luz, la de José. Arriba, el reflejo de las de mis compañeros.

La escala cuelga del pozo. Pie izquierdo, mano izquierda, pie derecho, mano derecha, de treinta en treinta centímetros, poco a poco voy bajando, cuando de pronto, después de abandonar el último reducto llega el péndulo. Inicio un movimiento pendular y consigo apoyarme a la pared ayudado de José que me tiende su mano rápidamente. Poco a poco van descendiendo el resto de los compañeros.

Estamos en una galería seca de feo aspecto. «Por aquí tenemos que seguir», comenta José.

Impresionados por su extraña formación fósil, erosionada brutalmente por la presión del agua, nos vemos y nos las deseamos para salvar los enormes gours que se encuentran por doquier en el lecho de la galería. Algunos como formidables bañeras nos cerraban el paso y para salvarlos nos vemos haciendo una continua y peligrosa gimnasia.

Hemos llegado al comedor. Después de hacer una tirolina y dos pasos cortos de escala sobre pequeños cortes, llegamos sin novedad al final de la galería fósil, después de 7 horas de marcha sin descanso.

El comedor tal como quedó bautizado en la pasada exploración del primer ataque, último reducto seco antes de entrar en el río, lo aprovechamos también nosotros, para tomar nuestras últimas provisiones.

Nos ponemos los nuevos equipos impermeables, los «Tonettis». Cuatro petos de lona impermeable van saliendo de dos sacos tubulares. Con ellos podremos avanzar a través del río, hasta el pecho, evitándonos una mojadura que nos podría traer amargas consecuencias.

Ultimos apretones de manos y José y Lucio retornan hacia el campamento, realizando la topografía de la galería fósil.

El primer contacto con el río es de curiosidad. Casi gritamos como chiquillos ¡si no nos mojamos! Poco sabíamos que del agua íbamos a salir en esta ocasión hasta la coronilla.

Avanzamos entre dos paredes. En los lugares amplios el agua nos llega hasta las rodillas. En los estrechos hasta el pecho y más. Entonces con precaución salvamos el paso con el bote francés.

En uno de ellos. Cuando intentaba subir al bote en oposición entre las dos paredes, veo desesperado que un nuevo baño se avecina en mi historial espeleológico. ¡Pero no! ¡En estas aguas no! Extraño momento. El agua helada, a 2,9 grados me penetra hasta los huesos, me corta el aliento, y me bloquea

el corazón. Nunca hubiera imaginado que existiera un agua tan helada como aquella.

Estoy completamente mojado. En tal estado hay que acelerar la marcha. Entro de nuevo en el bote y paso el lugar profundo acompañado de Paco que no terminan de gustarle sus aficiones marinas.

El cañón por donde avanzamos es fantástico, de porciones gigantescas que junto con el impresionante caudal que tenemos que afrontar en numerosas ocasiones, nos hace avanzar animados de esa inquietud que empuja siempre al espeleólogo más hallá, a más profundidad.

Caos de bloques cierran en numerosas ocasiones el paso de nuestro avance hacia lo desconocido. El bote es arrastrado entre ellos como una pieza tan imprescindible como la luz para poder progresar entre las tinieblas eternas.

Más adelante el avance se hace imposible con el bote. Recostado sobre una roca en lo alto de un impresionante cúmulo de bloques que obstruyen el paso, dejamos el bote francés para la vuelta.

Ahora con nuestra única defensa contra el agua, los petos son nuestro material más preciado. Avanzamos, ahora con el agua hasta el pecho, ahora hasta los tobillos. En otras ocasiones cruzamos extensas playas de fina arena o de canto rodado. La incógnita se aproxima. Un lejano ensordecedor ruido nos anuncia la zona de cascadas donde fracasó el equipo de punta del primer ataque. ¿Pasaremos?

*El barracón de la «Electricite» y el Campamento-base de superficie franco-español de la pasada expedición de Agosto 1965.*

*(Foto Juan M.<sup>a</sup> Feliu)*



El aspecto cambia profundamente, la galería se amplía por momentos, formando en sus lados impresionantes cornisas con formaciones litogénicas. Las primeras cascadas bajo nuestra, donde el río se estrecha en fina fisura, esparce extraños ecos.

Las cornisas terminan y nuevamente volvemos al río. Tras franquear varias acumulaciones de bloques, llegamos al terminus del pasado ataque donde los franceses fracasaron en su intento de superar el río, a través de una cascada de grandes proporciones. Nosotros la vemos y la contemplamos. Sobre nuestras cabezas, bajo la base de un grandioso bloque vemos la siguiente inscripción: «SCAP. 1965». Nosotros junto a ella aprovechando también el humo que despiende nuestra pobre llamita de carburo, colocamos la nuestra.

¿Será este obstáculo el final? ¡No! Sin dudarlo nos lanzamos resueltos con todo tipo de técnica a forzar dicho paso. Una estrecha grieta por donde sale el agua, nos permite tras ímprobos esfuerzos dejar atrás dicho paso.

La galería se estrecha. La pendiente se acentúa y la dificultad crece por momentos. Preocupación. ¿Acaso será el fin? Cascadas de corta altura de aguas turbulentas nos envuelven. Unos grandiosos bloques donde el agua sale a presión nos indica que hemos llegado ante un sifón impresionante. «Esto está imposible», grita Miguel desde no sé dónde. Al rato lo veo tras la cortina de una cascada buscando una continuación. «¡Atrás!, hay que buscar por otro lado», dice gritando entre el ensordecedor ruido Jesús.

Una vez vueltos al Terminus francés. Una muralla de bloques atrae la atención de Jesús y Miguel. Pronto los veo con sus pálidas luces realizando peligrosas acrobacias sobre nuestra. Luego Paco y yo, mientras tomo los primeros datos topográficos seguimos tras las huellas de nuestros compañeros.

¡Oh!, ¿qué es esto? Una grandiosa sala se abre sobre la muralla de bloques. Buscamos en vano la continuación para pasar de nuevo al río. Los franceses poco más tarde, después de dos horas de búsqueda encontraron la continuación en lo alto de esta sala recién descubierta. Dejando la exploración para otra ocasión.

Hay que bautizar los lugares que acabamos de descubrir. De común acuerdo, ponemos el nombre de Emilio Castiella a la Sala de 220 metros de longitud, en memoria del que fue nuestro compañero de fatigas de espeleología y de montaña, muerto cuando escalaba uno de los riscos del macizo de Echaury.

Celebramos el hallazgo de la Sala con unas pasas. Jesús se deleita y saca de un bolsillo delicadamente, entre el índice y el pulgar, una ruina desecha que fue en sus tiempos un paquete de cigarrillos. Ceremoniosamente, ofrece la ronda de cilindros rotos de los que se escapa el tabaco.

Antes de continuar la vuelta, una precaución se impone: Llenar el carburo. Se encienden las llamas. Cada cual con su saco, y... adelante. Llevamos 11 horas desde que hemos salido del lejano campamento.

Por desgracia tenemos que volver a salir. Por los mismos caminos. Cuando llegamos al «Terminus» francés, punto máximo alcanzado en la anterior vez, unas luces lejanas vienen hacia nosotros. Vamos hacia su encuentro. Charlie es el primero en felicitarnos y nos dicen que siguen a probar suerte. La cual tuvieron. ¡Enhorabuena! al encontrar la continuación del río sin el sifón.

Son las cuatro y media de la mañana. Hace 16 horas que hemos comenzado. Los sacos y los compañeros nos esperan...